

JOSÉ ANTONIO MARINA



es@lavanguardia.es

# crear

## LA GENIAL TENACIDAD

Hay un viejo debate acerca de si el genio nace o se hace. A estas alturas parece que podemos decir que la genialidad –el talento en general– no está al principio, sino al final de un largo proceso y que, a partir de unas condiciones dadas, la diferencia la establece la tenacidad. Últimamente recibo muchos libros sobre el tema. Malcolm Gladwell, al que reconozco la habilidad para presentar al gran público asuntos que antes sólo interesaban a los especialistas, trata el tema en *Fueras de serie*. David Shenk, en *The*

*genius in all of us*, insiste en considerar el talento como un gran hábito. Y, desde un punto de vista más académico, resulta imprescindible el voluminoso *The Cambridge handbook of expertise*, dirigido por K. Anders Ericsson, uno de los más distinguidos investigadores en este tema.

¿Quiere esto decir que todo el mundo puede ser un genio? No. Quiere decir sólo que el talento no es un destino sino un logro. Hay, sin duda, niños que muestran altas capacidades, pero que no predicen su evolución futura. Lo que al fin marca la diferencia es una cifra que empieza a ser mítica: diez mil horas de entrenamiento adecuado en un tiempo que ronda los diez años. Una de las características del genio es una dedicación apasionada a lo que hace. El talento de Newton se debía, según propia confesión, a que estaba *nocte dieque incubando*, es decir, pensando de día y de noche. Mozart fue un

niño prodigio, pero fue un genio tardío, al menos eso dice el crítico Harold Schonberg, que indica que no produjo sus mejores obras hasta que llevaba más de veinte años componiendo. De Groot estudió a los grandes maestros de ajedrez y encontró que se cumplía la ley de los diez años. Fischer fue una excepción. Necesitó sólo nueve años para conseguir el título de gran maestro. En las cartas de Van Gogh a su hermano Theo vemos la tenacidad con que se empeñó en aprender a dibujar. En una de ellas menciona una frase de Gustavo Doré que, en su opinión, describía a la perfección la tarea artística: “Tengo la paciencia de un buey”. En poesía sucede lo mismo, aunque de dos maneras diferentes. Paul Valéry era un poeta trabajador, que rehacía una y

**LA CIFRA  
MÍTICA  
QUE AL FIN  
MARCA LA  
DIFERENCIA  
ES  
ENTRENAR  
DIEZ MIL  
HORAS  
DURANTE  
DIEZ AÑOS**

otra vez sus poemas hasta que acertaba con la expresión exacta. En cambio, Rainer Maria Rilke escribía sus poemas de un tirón, pero necesitaba acumular experiencias durante años. En eso consistía su peculiar trabajo oculto. Pero no se trata de un mero entrenamiento, sino de un entrenamiento adecuado. Esta es la palabra que como educador (entrenador) me

entusiasma y me inquieta. ¿Cómo podemos llevarlo a cabo? En los programas que he diseñado para la Universidad de Padres –en la que pueden matricularse en este momento [www.universidaddepadres.es](http://www.universidaddepadres.es)– he intentado dar una respuesta práctica. La fuente de la creatividad es una memoria activa, es decir, una configuración peculiar de nuestro cerebro que empezamos a comprender y educar. Por ejemplo, intentamos que el niño y el adolescente creen sus propias redes de memoria, a sabiendas de que, cuanto más ricas, densas y rápidas sean, mejores ocurrencias van a tener. Esas redes descansan en un modo propio de organizar los contenidos. Un gran maestro de ajedrez es capaz de recordar las posiciones de muchos tableros, pero no tiene una memoria especialmente buena para otras cosas. Recuerda patrones melódicos, podríamos decir. Me gustaría llamar a esta operación *chunkinear*, porque consiste en captar *chunks* (trozos) pero, tras mis repetidos fracasos como inventor de palabras, renuncio a hacerlo. ■



Raúl